

recuerdo de la joven, la idea de sus tormentos, de sus lágrimas, todo esto abatía al joven, imponiéndose á su valor y á la energía de su alma.

No, no eran los dolores físicos, no era la incertidumbre de su suerte, no era la deportación ni el presidio lo que le abatía.

Eran las amarguras de aquel ángel de amor las que le producían aquella amarga tristeza.

¡Horrible sarcasmo de la suerte!

Cuando vencidas las contrariedades que á su ventura se opusieron, iba á ver realizada esta ventura, y con ella todas las risueñas ilusiones y esperanzas de su juventud; cuando aquella niña encantadora le esperaba para recibirle en sus tiernos brazos como esposo, en aquellos supremos instantes, la voz del deber, los compromisos contraídos le llamaron á la lucha, y en aquella lucha horrenda fué preso, derramando su sangre generosa.

Y en vez del tálamo, el lecho de un hospital,

En vez de la ternura de la esposa amante, la horrible vida del presidio.

Esta era la espantosa realidad en que se trocaban las lisonjeras ilusiones.

Pero ya lo hemos dicho: no era su propia situación harto desesperada, sino las angustias de su amada Rosario, las que pesaban sobre su espíritu.

Un médico se acercó á Rafael, y después de reconocerle y pulsarle, dijo:

—Esto va bien y no tardará usted en entrar en convalecencia; pero es preciso que ponga algo de su parte, no dejándose abatir... Animo, ánimo; el que ha sido valeroso ante el enemigo debe serlo también ante la desventura.

Rafael dió gracias al médico con una expresiva mirada y contestó:

—No hay desventura propia capaz de abatirme ni acobardarme.

—Sin embargo, estas fuerzas están aplanadas.

—No puede ser de otro modo.

—¿Por qué?

—Porque tengo en el mundo seres amados, que nada saben de mí, que me lloran por muerto, y no he podido aún darles cuenta de mi situación.

—Doloroso es el trance. Pero ¿le ha dicho eso al fiscal que entiende en la causa?

—No.

—Pues no lo demore, y él le autorizará para que avise á su familia.

—El fiscal me tomó declaración, creo que al día siguiente de mi entrada aquí, y no ha vuelto.

—Y bien... ¡qué demonio!... Si tarda, yo mismo daré á su familia cuenta de su estado.

Disponíase Rafael á manifestar su gratitud al caritativo doctor, cuando un joven teniente, seguido por un cabo se acercó al lecho.

Aquel teniente era el fiscal encargado del proceso de Rafael.

Procuró, al saludar, mostrarse severo; pero su educación y su cortesía, no obedecieron á sus propósitos.

Comprendía que trataba con una persona distinguida, y al cumplir con sus deberes el joven militar, no lo hacía sin cierta pena.

Venía á comunicar al prisionero su sentencia definitiva, y lo hizo con todos los miramientos y atenciones que se deben las personas bien educadas.

Rafael estaba condenado á seis años de presidio.

¡Seis años de presidio! Los mejores años de su juventud.

Y, como el teniente decía, no podía tener queja.

Peor hubiera sido la deportación.

El médico, viendo al fiscal tan amable y cortés, intercedió por su enfermo.

—A propósito,—dijo,—cuando usted llegó aconsejaba yo á este caballero, porque ya sabrá que nuestro herido es un caballero...

—Lo sé.

—Pues le aconsejaba que le pidiera á usted autorización para enviar aviso á su familia, que estará cuidadosa por su suerte.

—Puede hacerlo desde ahora. Lo que no podrá la familia será visitarle mientras se encuentre aquí.

Rafael dió las gracias al fiscal, y pareció reanimarse.

—Creo,—dijo el doctor,—que no tardará en salir de alta.

—Entonces será trasladado á Leganés.

—¿Y desde allí?

—Al presidio de Alcalá de Henares.

El joven herido no se conmovió al oír esto.

El médico y el teniente le estrecharon la mano, y se retiraron juntos.

Rafael parecía contento.

En vez de una sentencia terrible diríase que le acababan de comunicar una noticia agradable.

Tal era el afán que sentía por tranquilizar á Rosario.

A los pocos minutos, con la autorización del fiscal, y por orden del médico, un sanitario se ponía á las órdenes de Rafael.

Y éste, no pudiendo escribir, le dió verbalmente minuciosas instrucciones, para que fuera á casa de su tío, á casa de don Gaspar y á la del duque.

CAPITULO IX

La determinación de Rosario.

En aflictiva situación, en un verdadero conflicto se encontraban doña Tomasa y Rosario.

No tenían quien las protegiera ni amparara de la indigna y sañosa persecución de que don Bonifacio, el tío de Rafael, hacía víctima á la joven.

Era don Bonifacio, como saben los lectores de *La sangre de un héroe*, un hombre ya entrado en años, pero con pretensiones aún, furiosamente moderado en política, y más furiosamente *inmoderado* en sus costumbres privadas.

Ciego por una pasión infame, había perseguido á la infeliz Rosario, y aprovechando su influencia, consiguió en los días que precedieron al 22 de Junio, reducirla á prisión, en com-

pañía de doña Tomasa, para vencerla así, no ya con amenazas, sino con horribles tormentos físicos y morales.

Rosario se salvó de aquel conflicto por la oportuna intervención del duque.

De aquella persecución, de aquella infamia, nada sabía Rafael, porque Rosario guardó el secreto para evitar un choque violento entre tío y sobrino.

Ahora la situación de la joven era más desesperada, más horrible.

Creía muerto á Rafael, don Gaspar estaba en prisión, el duque desterrado...

Don Bonifacio podría acaso más facilmente encarcelarla con su tía.

Rosario estaba dispuesta á sufrir todos los tormentos, y hasta arrostraría con júbilo la muerte.

Però, ¿cómo podía consentir que los seres queridos fueran víctimas de su resistencia?

Porque el miserable llevaba su crueldad hasta el extremo de colocarla en esta espantosa disyuntiva:

—O rendirte ó ver morir á fuerza de tormentos á los seres que te aman.

Era preciso evitar este doloroso trance.

¿Cómo? Refugiándose en un convento.

Però, ¿podía separarse de doña Tomasa, de-

jarla sola, cuando su esposo, el anciano don Gaspar estaba preso?

Y no había otro recurso.

Desapareciendo Rosario, el libertino dejaría en paz á doña Tomasa, pues ningún interés tendría en perseguirla.

Y así la buena señora podría consagrarse á atender á las necesidades de su esposo en la prisión.

Triste, muy triste era separarse en aquellos momentos; pero no se podía pasar por otro punto.

De esto trataban tía y sobrina al día siguiente de la prisión de don Gaspar y del destierro del duque.

Profundamente abatida estaba la primera. No así Rosario.

Parecía lógico que con tantas amarguras cayera en el abatimiento ó la desesperación.

Pero tenía Rosario, tras su aparente debilidad, uno de esos temperamentos nerviosos, que se engrandecen con la lucha, y sabía luchar de frente, sin acobardarse, sin temblar, sin caer, sin dudar siquiera.

Todas sus ilusiones, sus esperanzas, sus sueños de ventura habían venido á tierra.

¿Por qué y para qué estaba en el mundo?

¡Ah! No la importaba morir.

La muerte se presentaba á sus ojos como el único y supremo y dulce consuelo de sus desventuras.

Pero en su espíritu estaba arraigada la creencia religiosa de sus mayores, y decía:

—Cuando Dios me tiene en el mundo, tengo una misión que cumplir: llorar y rezar por mis padres y por Rafael.

Y aceptaba esta misión como los mártires aceptaban el martirio, con toda la grandeza de un alma privilegiada.

Y si los conflictos en que podía verse la aconsejaban que buscara seguro asilo en un convento, estas ideas arraigaban más y más su determinación, y el deseo de realizarla cuanto antes.

Una carta que aquel mismo día recibió debía precipitar el momento.

La carta era de don Bonifacio.

Decía así:

“Rosario: sé que estás en casa del duque de N.; sé que éste ha sido desterrado; sé que don Gaspar se encuentra en prisión... Aún puede ser mayor la catástrofe. Para evitarla es preciso que nos veamos. La salvacion de todos depende de tí. Mañana puede ser tarde. No lo olvides.”

La carta venía sin firmar.

Pero no hacía falta la firma para que Rosario supiera su procedencia.

La joven leyó la carta á doña Tomasa, y en vez de abatirse pareció redoblarse su energía y exclamó:

—Ya lo oye usted... Mañana puede ser tarde. Es preciso que esta noche duerma yo en el convento.

—Pero hija... ¡Tan pronto!

—Así lo exigen las circunstancias.

—Pueden presentarse obstáculos...

—¿No es don Felipe, su confesor, capellán de un convento de monjas?

—Sí.

—Pues él allanará los obstáculos. Le daremos cuenta de la situación y si hace falta dinero estamos autorizadas para disponer de los tesoros del duque.

—¿Y no será esto un abuso?

—Lo sería en otras circunstancias, no en estas.

—¡Y qué haré yo, sola y sin amparo! Pero ¡ah! razón tienes... Peor será que me reduzcan á prisión como la otra vez.

—¡Si pudiera usted entrar en el convento conmigo!

—¡Ay! No es posible. ¡Y mi Gaspar! ¡Mi pobre Gaspar!

—Sí, usted tiene que cumplir sagrados deberes, y mi permanencia á su lado puede ser

un peligro. Es necesario que nos separemos.
 Aquella misma tarde, Rosario y su tía, en el coche del duque, se hicieron conducir á casa de don Felipe, capellán de monjas, que habitaba en una vetusta casita, contígua al convento.

—Pero hija... ¡Tan pronto!

—Así lo exigen las circunstancias.

—¿Pueden presentarse obstáculos...

—No es don Felipe, su confesor, capellán de un convento de monjas?

—Sí.

—Pues él aliará los obstáculos. Le daremos cuenta de la situación y si hace falta dinero estamos autorizadas para disponer de los fondos del duque.

—¿Y no será esto un abuso?

—Lo sería en otras circunstancias, no en estas.

—¿Y qué hará yo, sola y sin apoyo? Pero ¡ah! razón tienes... Teor será que me reduzcan á prisión como la otra vez.

—¿Si pudiera usted entrar en el convento conmigo!

—¿Ay! No es posible. ¡Y mi Gaspar! Mi pobre Gaspar!

—Sí, usted tiene que cumplir sus deberes de esposa y mi pertenencia á su lado puede ser

CAPÍTULO X.

El capellán de las monjas.

Era don Felipe un anciano sacerdote, pequeño de cuerpo, enjuto de rostro, de fisonomía expresiva y franca, y aspecto bondadoso.

Era un alma sencilla.

Con su raída sotana, sus seis reales diarios como capellán de monjas, algun funeral y algun que otro sermoncillo, era feliz, esperando sin temor y sin impaciencia la hora de la muerte.

Tenía á su servicio, ó mejor dicho á su gobierno pues le gobernaba á su antojo, un ama, entrada en años también, y más que en años en carnes, viuda de un sacristán, honrada mujer que se había creado la misión de alargar los días de don Felipe, que sin sus cui-

dados, según ella, habría ya pasado de este mundo al otro.

Y era opinión de la señora Catalina, tal era el nombre del ama, que este tránsito debe retrasarse todo lo posible, porque cuanto más tiempo estemos en el mundo, mayor será el número de buenas obras con que podamos borrar los pecados y desafueros de la juventud.

No sabemos de qué desafueros de la juventud le acusaría la conciencia á doña Catalina.

En su vejez no se la podía reprochar otro defecto que el de ser gruñona hasta la exajeración.

Era buena y caritativa en el fondo; pero hay criaturas que se pasan la vida haciendo beneficios, no pueden ni saben hacerlos sin reñir.

Que llegaba un pobre en ocasión que don Felipe se sentaba á la mesa, y le daba su pan.

Aquí de doña Catalina: reñía á don Felipe, y partía su ración con él.

Y la otra mitad de la ración se la daba al pobre, asegurando que no tenía apetito, porque para comer se necesita tranquilidad.

Y tenía con esto para gruñir todo el día.

Pero si á la hora de cenar se presentaba otro pobre, se repetía la misma escena.

Don Felipe, sencillo y bonachón, sufría las genialidades de aquella buena mujer, que le re-

ña por todo, si madrugaba, si no madrugaba, si tardaba mucho ó poco en decir la misa, si eran ó no eran largos sus sermones, si intercalaba en ellos muchos latines que ella no entendía...

El cura la escuchaba con benevolencia y sin impacientarse.

Con lo que no podía transigir la señora Catalina era con que don Felipe no predicara más de media docena de sermones en el año, cuando otros predicadores de menos méritos y de menos sabiduría, tenían tres ó cuatro sermones por semana.

Y en esto podía tener razón la buena mujer.

Achacábalo á la indolencia de don Felipe, que no sabía ser intrigante.

Por eso, debiendo ser obispo, se quedó en capellán de monjas, y de monjas pobres que era más triste.

¡Hubiera sido tan grato á la buena señora ser ama de gobierno de un señor obispo, es decir, gobernar un obispado!

Sirva de disculpa á su ambición, esta frase, que continuamente repetía:

—Entonces si que hubiera hecho limosnas... A buen seguro que hubiera pobres en la diócesis.

Y no se atrevía á decir *mi diócesis*, aunque

segura estaba de que habría sido suya dada su influencia, y la mansedumbre de su señor.

A este sacerdote, sencillo y virtuoso, acudieron Rosario y doña Tomasa.

El ama conocía á esta última, y la recibió con una afabilidad desacostumbrada en ella.

A la luz de uno de aquellos antiguos velones de cuatro mecheros, don Felipe leía en su breviario, cuando le fué anunciada la visita de las dos señoras.

Su habitación era muy pobre, muy humilde, pero muy limpia.

Grandemente se sorprendió de tal visita y á tales horas.

Y no sin cierta curiosidad preguntó á doña Tomasa:

—Veamos, veamos en qué puede servirle este viejo sacerdote.

Sentáronse doña Tomasa y Rosario, retiróse prudencialmente la señora Catalina, no sabemos si para escuchar detrás de la puerta, y don Felipe oyó absorto la relación de los extraños sucesos.

Cuando concluyó de hablar doña Tomasa, quedó un instante silencioso el cura, y dijo después:

—Bien, muy bien me parece que esta pobre niña busque el recogimiento de un cláustro para

librarse de las asechanzas del mundo y rezar por las almas de los seres queridos... ¡Sabia y piadosa determinación! Usted, doña Tomasa, debería seguir el ejemplo de esta niña, si no tuviera la misión de velar por el pecador de su marido... Es un alma extraviada; pero es un hombre honrado, y eso de que se le condene á presidio es terrible. Pero, en fin, Dios tendrá misericordia... Esta niña... ¿Cómo se llama?

—Rosario.

—¡Hermosa advocación de Nuestra Señora! Pues bien, Rosarito quedará aquí, y al amparo de esta santa casa y con la bendita protección de la Virgen Santísima, nada tiene que temer.

—Gracias, señor cura, gracias,—murmuró Rosario, ahogada por la emoción, y rompió á llorar.

Esto nada tenía de extraño.

A la excitación nerviosa de la lucha sucede el aplanamiento.

La infeliz Rosario venía desplegando fuerzas asombrosas, pero ficticias; un valor heroico, pero que no podía llegar más allá de los límites de su naturaleza de mujer.

Y al ver conjurado el peligro, toda su energía desapareció; sus nervios tirantes, se aflojaron, por decirlo así; su corazón se oprimió dolorosamente; sintió su alma el dolor horrible

de todas sus heridas, y cayó en el abatimiento más profundo.

—Llora, hija mía, llora, que envueltas en tus lágrimas llegarán al Cielo tus oraciones.

Y el bondadoso viejo al hablar así se limpiaba con la manga de su sotana raída, dos gruesos lagrimones que titilaban en sus párpados.

Después de largo rato en que no se oyó otra cosa que los angustiosos gemidos de la pobre niña, secundados por los de doña Tomasa, volvió á decir don Felipe:

—Vaya, es preciso tener valor y tranquilidad... Hé aquí mi opinión sobre el asunto. Ese don Bonifacio ó don demonio, que persigue á este angel, no ha de desistir porque Rosario desaparezca. Supondrá que usted, doña Tomasa, la tiene oculta, y para obligarla á decir donde se encuentra, seguramente procederá contra usted.

Rosario, al oír esto, irguió la cabeza, enjugó sus lágrimas, y se transformó en un instante.

Era que aparecía un nuevo peligro, una nueva lucha.

—Es verdad,—exclamó.—No habíamos pensado en ello. Tiene también que ocultarse.

—Pero, ¿dónde y cómo?—dijo doña Tomasa.

—¿Y mi pobre Gaspar?

El cura se quitó el bonete, se rascó la anchurosa calva, y contestó:

—¿Dónde? Aquí, en esta casa, al lado de mi buena Catalina. Y en cuanto á don Gaspar, ya haremos que vaya á verle una persona de confianza, y le haga saber esta desteterminación y las razones en que se funda. Por el momento lo principal es que el libertino pierda la pista.

No discutieron más.

Don Felipe tenía razón.

Los instantes eran críticos y la determinación se imponía.

Salió doña Tomasa á la puerta de la calle y dió esta orden al cochero.

—Vuelva usted á casa y diga al mayordomo que por ahora no volvemos allí; que no diga á nadie donde estamos; si alguien pregunta, nada sabe de nosotras, y cuando haya carta del señor duque, tomando precauciones para que nadie se entere, que la traiga á esta casa, dejándola en manos del señor cura.

Después de esto don Felipe llamó á la señora Catalina y la encomendó la instalación provisional de doña Tomasa y Rosario.

Ni el cura ni su ama andaban muy sobrados de colchones, y para la instalación surgieron dificultades.

Pensó el ama ceder su lecho á las señoras;

quitar de la cama de don Felipe el colchón, tendiéndolo en la cocina para ella, y que el cura durmiera sobre el jergón.

Al enterarse de este arreglo protestaron Rosario y doña Tomasa.

Y después de mucho discutir se convino en no tocar al lecho de don Felipe.

Se tendería en el suelo el colchón del ama, quedando sobre el lecho el jergón.

Aún había que debatir el punto de quién dormiría en la cama y quién en el suelo.

Rosario consiguió imponerse.

—Mi tía y yo,—dijo,—dormiremos en el suelo. De otro modo no aceptaremos la hospitalidad.

Por aquella noche nada más ocurrió.

Después de cenar, muy frugalmente por cierto porque los recursos del pobre cura no permitían otra cosa, recogieronse todos.

Doña Catalina se mostró amable, cosa en ella inusitada, y que sorprendió á don Felipe.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando el cura se disponía á salir para celebrar su misa, el ama le cerró el paso, y le pidió explicaciones.

—Vamos á ver,—dijo,—si convertimos esta casa en casa de huéspedes.

Don Felipe sonrió con benevolencia, y en

cuatro palabras explicó al ama lo que esta ya sabía con todos sus detalles, acaso por haber oído detrás de la puerta.

—Muy bien,—dijo la señora Catalina en voz baja pero enérgica,—muy bien, ahora resulta que nos metemos á proteger á una familia de revolucionarios.

—¡Qué revolucionarios, ni qué niño muerto! ¡Qué culpa tienen esas pobres mujeres!

—Ninguna; pero con todo eso hay bastante para que si el gobierno se entera, le juzgue á usted amigo de los conspiradores, y consiga que le quiten este destino. ¡Un capellán de monjas conspirador! ¡Ahí es nada!

—Calle usted, calle usted, hoy mismo quedará la niña en el convento.

—Y su señora tía...

—Permanecerá á nuestro lado.

—Ahí está el peligro.

—No hay tal peligro, pero si lo hubiera...

—No siga usted; se arrostraría, ya lo sé, y yo la primera, no faltaba más; pero es lo que yo digo, verá usted como nuestras caridades acaban por dejarnos en la miseria.

Comprendió el bueno de don Felipe que su ama no se oponía á dar hospitalidad á doña Tomasa, sino que aprovechaba la ocasión para

quemarle un poco la sangre, y conservar su costumbre de gruñir por todo.

Y al comprenderlo así, volvió á desplegar su benévola sonrisa, y dejando á su ama con la palabra en la boca, se embozó en su manto, y comenzó á bajar pausadamente la escalera.

La señora Catalina siguió por largo rato gruñendo, en tanto que levantaba y sacudía el lecho de don Felipe.

Diríase que estaba la buena mujer de un humor de mil demonios, según los puñetazos que con sorda rábia descargaba sobre el colchón.

Pero tan luego como oyó que doña Tomasa y Rosario salían de su aposento, trocó sus furores en la más exquisita amabilidad.

CAPÍTULO XI

Sin noticias.

Al día siguiente de estos sucesos, un sanitario se presentó en casa del duque de N.

El mayordomo le recibió.

Preguntó el sanitario por el señor duque, y al oír que había salido con dirección á París, según las instrucciones que traía procuró informarse de si estaban allí un señor llamado don Gaspar, su señora doña Tomasa y una joven, sobrina de estos, de nombre Rosario.

Al oír estas preguntas el mayordomo, miró con desconfianza á su interlocutor.

Y siguiendo á su vez las instrucciones que por orden de doña Tomasa le comunicó el cochero, contestó con ágrío tono:

—Aquí no está esa familia.

El sanitario se encogió de hombros, y se retiró.

Había cumplido el encargo que le dieron, y no tenía obligación de más averiguaciones.

No era culpa suya que el uno estuviera en París, los otros hubieran desaparecido, y no supieran ó no quisieran darle más detalles.

El mayordomo había cumplido fielmente, y se proponía en lo sucesivo no sólo mostrarse reservado, sino hasta descortés con quien volviera á preguntar, pues aunque no se le habían dado explicaciones concretas, sabía que aquella conocida familia á la que el duque dió hospitalidad, era objeto de una inícuca persecución.

Y no pasaron muchas horas sin que tuviera ocasión de poner por obra su propósito.

Un caballero se presentó preguntando por la familia de don Gaspar.

Aquel caballero era don Bonifacio.

Acababa de recibir noticias de su sobrino por el mismo practicante que se presentó en casa del duque, y á quien como sabemos, dió el encargo Rafael.

Y al saber que este no había muerto, sino que vivía y estaba en el hospital y condenado á presidio, el miserable don Bonifacio se propuso sacar partido de las circunstancias.

Tal vez hubiera deseado la muerte de su sobrino.

Moría *ab intestato*, no tenía más herederos

directos, ni más familia que él, y suyos serían entonces los bienes que venía administrando.

Pero no sucedió así.

Aquel loco, como él le llamaba, no había muerto.

Pero su situación no podía ser más crítica.

Por necio se hubiera tenido á sí mismo don Gaspar, si no la aprovechara.

Su pasión por Rosario no se había extinguido.

Antes bien, había aumentado con el tiempo, con las contrariedades y con la resistencia.

El miserable no desistía de la lucha.

Sólo esperaba la ocasión propicia.

Y la ocasión se presentaba mejor que hubiera podido soñar.

Él fué el delator de don Gaspar y el duque, y á esta delación inícuca se debieron la prisión del uno y el destierro del otro.

Se proponía aislar á Rosario, dejándola sin defensores.

La angustiada situación de Rafael venía á coronar la obra.

Tenía medios sobrados para obligar á la joven.

A todo trance era preciso que la viera.

Creyó que Rosario, para conjurar el peligro

que amenazaba á los suyos, no se negaría á la entrevista.

Y para que proporcionara los medios la escribió.

El miserable que por su cobardía, por su pequeñez, por la ruindad de su alma, juzgaba á los demás, cometió una torpeza.

Aquella carta fué la voz de alarma que obligó á Rosario á precipitar su determinación y ocultarse.

Don Bonifacio calculó después que en casa del duque, estando éste desterrado, no había de encontrar quien le cerrara el paso.

Y como no recibió contestación á su carta y supo el estado de su sobrino, se creyó en el caso de provocar la lucha de frente.

Contaba con armas poderosas para vencer.

Por esto se presentó en casa del duque.

Le recibió el mayordomo, que le conocía, y que no ignoraba que don Bonifacio Valdeoro era el enemigo á quien habia que temer.

—Este bribón,—pensó,—no se atrevía á presentarse y envió primero al de esta mañana, que tal vez fuera algún servidor suyo, vestido de soldado para inspirar más confianza. Sospecha ó sabe que las señoras no están aquí, y se propone averiguar donde se ocultan.

Rápidamente se formularon estas ideas en

el cerebro de Andrés, que así se llamaba el mayordomo, y á ellas había de ajustar su conducta.

—Necesito,—dijo don Bonifacio con el tono soberbio que le era peculiar, —ver al señor duque.

—Es imposible,—contestó Andrés, sin la menor muestra de respeto.

—¿Por qué?

—Porque el señor duque no se encuentra en Madrid.

Esto ya lo sabía don Bonifacio; pero le convenía empezar así, y con cierta habilidad se fingió sorprendido.

—En tal caso,—replicó,—avise usted á la señorita Rosario, que deseo hablarla, y que no me iré de aquí sin verla.

—Sin verla se irá usted.

—¿Cómo!

—La señorita Rosario no está aquí.

—Aquí estaba.

—Estaba, pero ya no está.

Andrés no tenía para qué ocultar que allí había estado la joven, cuando aquél hombre lo sabía.

—¿Ha vuelto á su casa?—preguntó don Bonifacio.

—Lo ignoro.

—Extraño parece.

—Esa señorita no podía permanecer aquí en ausencia del señor duque, y al marcharse no tenía para qué darme cuenta de sus pasos.

Quiso insistir don Bonifacio.

Pero An lrés le interrumpió con premeditada grosería:

—He dicho lo que puedo ó lo que quiero decir, y hemos concluído.

Y tocando un timbre llamó al portero, y le dió esta órden:

—Acompaña á este caballero hasta la puerta de la calle.

Don Bonifacio al verse despedido así, al verse tratado sin comedimiento por un mayordomo, sintió que la soberbia le ahogaba.

Pero nada podía hacer, y nada era digno que hiciera.

Despechado y confuso al mismo tiempo, tuvo que retirarse.

El mayordomo quedó satisfecho de haber cumplido con su deber.

La determinación de Rosario sirvió para que su perseguidor no la encontrara.

Pero dió también por resultado que ella no recibiera noticias de Rafael.

Y Rafael en tanto, que esperaba con febril ansiedad el éxito de la gestión encomendada al

sanitario, sintió el más profundo desconsuelo con las noticias de que éste era portador.

No había conseguido ver más que á don Bonifacio.

El duque de N. no estaba en Madrid.

Y de don Gaspar, doña Tomasa y Rosario no había conseguido adquirir la menor noticia.

Habían desaparecido.

... con las noticias de que era portador.
No había conseguido ver a nadie a don Pa-
nfilo.

El duque de N. no estaba en Madrid.
Y de don Gaspar, don Tomás y don Juan
no había conseguido adquirir la menor noticia.
Había desistido.

CAPÍTULO XII.

En los calabozos de Leganés.

Al mismo tiempo que de una manera tan infructuosa se agitaba don Bonifacio, el nuevo protector de la desvalida huérfana, el pobre capellán de monjas, fué personalmente al Saladero para obtener noticias de don Gaspar.

Y también fué inútil su viaje.

Dijéronle que el preso por quien preguntaba, con algunos otros, había sido trasladado á Leganés.

Aquél día le era ya imposible verle.

Profundamente afectó y desconsoló esta noticia á doña Tomasa.

Calculaba las penalidades, las privaciones que habría tenido que sufrir su esposo, ya débil y anciano, con este viaje.

Y las mujeres piensan en esa multitud de detalles que realmente forman el todo de la vida.

¿Cómo sería tratado el preso?

¿Qué le darían de comer? ¿Tendría lecho? ¿Tendría agua?

¡Ah! La pobre señora, que había estado presa, que había sido tratada inícuamente, sobrados motivos tenía para preocuparse.

Y se le clavaban en el alma las penalidades que estaría sufriendo su esposo.

Rosario difirió su entrada en el convento para el día siguiente, cuando ya se supiera de don Gaspar.

Pero se presentaba otro obstáculo.

Para ir á Leganés se necesitaba perder todo el día.

Y don Felipe, que estaba solo en aquella iglesia de monjas, no podía faltar un día entero.

¿Iría doña Tomasa?

Esto presentaba el peligro de que don Bonifacio estuviera alerta y se complicara la situación.

La buena señora quería arrostrar por todo; pero tuvo que ceder á las juiciosas observaciones de don Felipe y de la buena señora Catalina, que por esta vez resolvió la situación con una sola frase:

—Yo iré,—dijo.

Y doña Tomasa, entre lágrimas y suspiros, pasó el resto del día instruyendo á Catalina sobre las mil cosas que por su conducto quería decir á su esposo.

A la mañana siguiente el ama del cura, con el bolsillo bien repleto de fondos, que le dió Rosario, emprendió el camino en busca de la diligencia de Leganés.

Y ya á solas, aunque prestaba aquel servicio con la mejor voluntad, comenzó á gruñir, por no perder la costumbre, porque la buena mujer cuando no tenía con quien reñir, reñía consigo misma.

—Merecía una,—murmuraba,—que la dieran azotes, porque esto ya no es tener buen corazón, sino ser tonta. ¿Quién me ha metido á mí en favorecer á estas gentes?... Sobre que ese don Gaspar es un revolucionario furibundo, enemigo de la Iglesia, entregado á los demonios, y le está bien merecido cuanto le pasa, y debían emplumarle, y á mí también por meterme donde no me llaman.

Las acciones de la señora Catalina eran siempre opuestas á sus palabras.

Y así en esta ocasión, echándose en cara el favor que hacía, tomó con verdadero empeño el llenarlo cumplidamente.

Antes de medio día llegó á Leganés.

Llevaba, además del dinero, una cesta con abundantes provisiones.

Supo que los presos estaban en el cuartel, y allí dirigió sus pasos.

En la puerta encontró un numeroso grupo de mujeres.

Todas hablaban á un tiempo.

Lloraban muchas abatidas y otras mostrábanse indignadas.

Eran las esposas, las hijas, las madres de los presos.

Y sus lágrimas y su indignación reconocían por causa la negativa á dejarlas entrar.

Los presos quedaban incomunicados.

¿Por qué este rigor cuando en anteriores días se había permitido la entrada á las familias y proveer á las necesidades de los presos?

Porque así lo había mandado el gobierno del general Narvaez.

Este detalle es rigurosamente histórico.

Los detenidos en el cuartel de Leganés pudieron por algunos días ver á sus familias y recibir socorros.

Pero después de la caída de O'Donnell, sin más razón que el capricho del gobierno, se les volvió á incomunicar.

Y no se permitió que les pasaran la comida.

Tenían que comer el rancho de la cárcel.

Y decimos de la cárcel, porque en un carro les era llevado desde el Saladero de Madrid.

¡En buenas condiciones llegaría!

¡Cuánta crueldad estúpida!

Y es que no puede haber nada más estúpido que la crueldad.

Dejemos á las infelices mujeres que se desgañiten á la puerta del cuartel, y penetremos en los calabozos.

Estos eran dos, situados en el patio á derecha é izquierda.

Recibían luz y aire por una ventana enrejada.

Pero luz insuficiente para la amplitud de la negra y desmantelada habitación.

Y aire más insuficiente aún para aquella aglomeración de personas.

Algunos presos tenían una manta, otros, media manta no más, por haber dado la otra media á un compañero.

Algunos eran felices: poseían una colchoneta.

Los más, nada.

Dormían en el suelo.

El tabaco escaseaba. Era un artículo de lujo.

Allí, encerrados aquellos hombres, tenían hambre sed y calor.

La atmósfera era densa, asfixiante, nauseabunda.

Cuando llegaba el rancho de la cárcel, se les permitía salir al patio.

Después otra vez al encierro.

Allí, en un montón de miseria, esperaban el desenlace del drama de que habían sido actores.

Y como nada, ó muy poco, sabían del mundo exterior, vivían en una incertidumbre cruel.

No sabían si les aguardaba el fusilamiento, el presidio ó la deportación.

Mostraban los más una entereza heroica.

Pero había algunos profundamente abatidos.

Entre estos distinguíase un joven, de veintiocho á treinta años, de simpático aspecto.

Sentado en el suelo apoyaba su cabeza en el ángulo entrante que formaba el más oscuro rincón.

A su lado otro preso, ya entrado en años, con bigote áspero y gris, recortado en las guías en línea recta y vertical, y recortado también al borde del labio superior, procuraba animar á su abatido compañero.

Este viejo era don Gaspar.

El joven, Feliciano el cajista.

—Vamos, compañero,—decía don Gaspar, que con las penalidades en vez de acobardarse reco-

braba toda su energía,—aníme-se un poco, porque da vergüenza verle así. El corazón se demuestra en las ocasiones...

—Dispense usted, amigo mio,—contestó Feliciano,—y no juzgue mal de mí por mi desaliento, Es que me ahoga la pena. Usted no me conoce. El presidio, la muerte, los tormentos, nada me acobarda. Soy capaz de arrostrarlo todo sin temblar... Para mí la palabra miedo es una palabra sin sentido.

—¿Cómo se explica entonces?...

—Se explica porque el hombre puede resistirlo todo, menos la muerte por el hambre y la desesperación de una esposa y de un hijo.

—En verdad que eso es muy grave.

—Pues en ese caso me encuentro.

—No pretendo que me revele secretos de familia.

—Y yo quiero revelárselos.

—Si eso le consuela...

—Sí. Tengo un hijo de dos años, y á mi esposa enferma y en vísperas de ser madre nuevamente. Yo me encontraba sin trabajo, y á consecuencia de la debilidad y de las privaciones, mi esposa comenzó á padecer accidentes; la vió un médico y dijo que el caso podía ser muy grave y que peligraba la vida si el alumbramiento se presentaba acompañado por esos ac-

cidentes. Después de recetar, lo que sobre todo recomendó fué una absoluta tranquilidad de espíritu y buenos alimentos. En esta situación, me buscaron para trabajar en un periódico clandestino. Me lo pagaban bien, y tuve que aceptar porque se trataba para mí de la vida de mi esposa. Soy liberal; me sobran valor y deseos para combatir en una barricada, y no lo hice por no afligir y comprometer la vida de mi pobre Soledad. No me ha servido. Fuí preso. Ahora seguro estoy de que la repetirán los accidentes, y no tendrá los alimentos que necesita; vendrá á la miseria, y en esta situación se presentará el momento crítico del alumbramiento, y puede morir sin estar yo á su lado... Y después, ¿qué será de mi pobre hijo? Esta es mi situación.

El obrero, al concluir su historia, ocultó el rostro entre las manos.

Don Gaspar estaba profundamente afectado.

En las miradas, en el aspecto, en el continente de aquél joven obrero se adivinaba una gran energía de espíritu con la altivez de la dignidad.

Por eso parecía más extraño su aplanamiento, que algunos podrían tener por cobardía.

Don Gaspar simpatizó desde el primer mo-

mento con aquel joven, que fué su compañero de cuerda al ser trasladados á Leganés.

Feliciano había hecho esfuerzos heróicos para no dejarse abatir, siempre con la esperanza de recibir noticias de su esposa.

Pero aquél día, cuando se enteró de la absurda orden de incomunicación, le faltó el valor, porque veía que ya no habría manera de recibir él noticias, ni de enviarlas para tranquilizar á la pobre enferma.

Sentía que la pena le ahogaba, porque como había dicho muy bien, el hombre puede tener valor para todo menos para saber con calma que van á morir de desesperación y de hambre una esposa y un hijo.

Y para dar expansión á su pena la confió á aquel afable viejo que tantas deferencias le guardaba.

Y lo hizo también para que aquel señor no formara de él un pobre concepto.

Don Gaspar comprendió que no había manera de animar y consolar á su joven é improvisado amigo, sino ayudándole á salir de tan aflictiva situación.

¿Pero con qué medios contaba él, pobre militar retirado, cuando á duras penas conseguía llenar las necesidades de su familia?

Para estos casos estaba el duque.

El veterano había podido apreciar las condiciones de carácter del aristócrata, que tenía un corazón de oro, y sabía que con él se podía contar incondicionalmente.

Pero el duque no estaba en Madrid.

No importaba.

Don Gaspar acudiría á su administrador.

Con este propósito comenzó á animar á Feliciano.

—Todo se arreglará,—dijo,—en el límite de lo posible. Tan pronto como acuda mi esposa á saber de mí, la encargaré que vaya á ver á su familia, y yo le respondo de que se le proporcionarán cuantos recursos necesite.

Feliciano levantó la cabeza y miró fijamente á don Gaspar.

Este añadió:

—No vaya usted á creer que le ofrezco una limosna.

—Para mí no la aceptaría,—exclamó el obrero;—para mi mujer y mi hijo sí. Pero usted no es rico.

—Yo no lo soy, es verdad; pero en casos como este, autorizado estoy para disponer del capital ajeno.

—Y bien, amigo mío, yo acepto para mi familia su generosa protección. Pero ¿cuándo podrá usted ver á su esposa?

—¡Ah! No lo sé.

—Estamos incomunicados.

—Es cierto; pero esta tirantez no puede prolongarse muchos días.

—¡Quién sabe!

—En fin, tenemos que alejar de nuestra mente los pensamientos dolorosos.

Así continuaron hablando.

Y pasó aquel día sin que la incomunicación se levantara.

Y pasó también el día siguiente.

Y otro, y otro, y muchos días.

Y aquellos infelices, que estaban á las puertas del presidio, no podían comunicar con nadie.

Y seguían comiendo el rancho, y el agua era escasa, y ya no tenían tabaco.

Pero esto nada significaba para Feliciano, que no sentía sus tormentos, sino los que estarían devorando su esposa y su hijo.

El mismo don Gaspar comenzaba á sentirse desasosegado.

¿Qué sería de doña Tomasa y de su sobrina?

Aquella situación era, en verdad, angustioso y desesperante.

— ¡Ah! No lo sé.

— Estamos incomunicados.

— Es cierto; pero esta ciudad no puede ser

longitud, ni chinas días.

— ¡Quién sabe!

— En fin, tenemos que alzar de nuevo una

de los pensamientos dolorosos.

Así continuaron hablando.

Y pasó aquel día que se incomunicaron

se lavaron.

Y pasó también el día siguiente.

Y otro, y otro, y muchos días.

Y aquellos infelices, que estaban a las puertas

caídas, presidiendo, no podían comunicar con nadie.

Y seguiría comiendo el pancho, y el agua era

escasa, y ya no tenían tabaco.

Pero esto nada significaba para Sebastián,

que no veía sus tormentos, sino los que este

era gobernando su esposa y su hijo.

— El mismo don Juan continuaba a recibir

desesperado.

— Que esta la señora Juana y de su familia

— Aquella situación era, en verdad, muy triste

y desesperante.

CAPÍTULO XIII.

Nueva ansiedad.

La señora Catalina regresó á Madrid como había ido á Leganés, con sus provisiones intactas y su dinero.

Y no traía del preso la menor noticia.

Júzguese de la desesperación de doña Tomasa.

Rosario, animando á su tía, mostraba una entereza y un valor de que nadie la hubiera creído capaz.

Y no era que en su alma, en fuerza de sufrir, se hubiera secado la fuente del sentimiento.

Por el contrario. Sucede con estos caracteres excesivamente delicados é impresionables, que cuanto más sufren, más sensibles son á los dolores.

Pero sucede también, que adquieren una resistencia inconcebible.

Y es que llegan á adquirir una convicción profunda de que han nacido para el dolor.

Se hacen fatalistas.

Puede sorprenderles la ventura; las desgracias, no.

Y resisten los golpes del infortunio con la sonrisa en los labios.

Una sonrisa amarga, muy amarga, pero que tiene algo de despreciativa.

Desprecian los dolores, como los mártires del Cristianismo despreciaban los tormentos.

Esta era la situación de la desdichada Rosario.

Sufría mucho, pero sufría con valor.

Y aún hubiera querido que se multiplicaran sus tormentos, por no ver sufrir á las personas que la rodeaban.

¡Sublime abnegación de las almas generosas!

—Cálmese usted,—decía, enjugando las lágrimas de doña Tomasa,—sabemos que mi tío está en Leganés; es fuerte y enérgico, y no se dejará abatir por no dar á sus verdugos la satisfacción de su debilidad...

—Pero le condenarán á presidio...

—Y bien... Allí se sufrirá mucho, pero son tormentos físicos, que podrán abatir el cuerpo,

no el alma. Créalo usted; las heridas del alma son mucho más dolorosas.

—Pero mi pobre Gaspar está viejo. Morirá en presidio sin que yo cierre sus ojos, y yo moriré también.

—¡Dulce esperanza, que yo no tengo, por ser joven! ¡Suprema felicidad! ¡Salir de este mundo de miserias para reunirse en otro mundo mejor!

—Sí, pero...

—Compare usted sus tormentos con los míos... ¿Qué me espera? Una vida larga, muy larga, en perpétua soledad, y no lo digo por la soledad del claustro, sino por la soledad del mundo, que está desierto para mí... Usted tiene una de estas dos esperanzas: ó que llegue el día en que su esposo salga del presidio y se vuelvan á reunir para pasar una tranquila vejez, ó que en un breve plazo, no resistiendo las penalidades que les aguardan, mueran ustedes los dos...

—¡Y eso es una esperanza!

—La única positiva para el que de veras sufre.

Como se ve, en las palabras de Rosario había un fondo tristísimo de amargo desconsuelo.

Y es que nada hay más triste que perder en la vida toda esperanza de ventura.

En estas conversaciones alternaban á veces

la señora Catalina y don Felipe, esforzándose todos en animar y consolar á doña Tomasa.

El ama del cura, sin dejar de gruñir, porque esto era imposible, volvió á Leganés un día y otro.

Pero siempre regresaba sin haber conseguido hablar con el preso.

Por fin doña Tomasa tomó una resolución, extrañándose de que tan sencilla idea no le hubiera ocurrido antes.

Iba á ir ella misma á Leganés, pero disfrazada de modo que su enemigo no la conociera.

Era muy facil, porque don Bonifacio no la había visto más que una ó dos veces. en su vida.

Doña Tomasa resolvió ponerse el traje de las mujeres del pueblo.

Y de este modo, y con la cesta al brazo, seguramente no llamaría la atención.

La señora Catalina quiso hacerla desistir, fundándose en que nada conseguiría.

Doña Tomasa replicó:

—Yo puedo hacer mucho, que en usted no estaría decoroso. Yo suplicaré al oficial de guardia, al centinela, al que les lleva la comida, á todo el mundo, y por lo menos conseguiré que me den noticias y que hagan llegar á sus manos algún dinero.

No hubo manera de oponerse á la voluntad de doña Tomasa.

Después de todo cumplía un deber, y era opinión de don Felipe que ya había necesidad de respetarlo.

A la mañana siguiente, doña Tomasa se vistió como había pensado: un vestido de percal, un pañuelo sobre los hombros y otro pañuelo á la cabeza, muy echado hacia adelante, de modo que diera sombra á la cara.

Y así, con la cesta al brazo, se dirigió á Leganés, resuelta á todo, resuelta á pasar por encima de todos los obstáculos.

Rosario, que no había querido entrar en el convento hasta recibir noticias de su tío, quedó con don Felipe y la señora Catalina, comentando las probabilidades de éxito y los peligros de aquella expedición de doña Tomasa.

La desvalida joven, de rato en rato, se limpiaba las lágrimas que humedecían sus ojos.

Parecía más triste que nunca.

Observado esto por don Felipe, la preguntó:

—¿Qué tiene usted? ¿Qué le pasa?

—No lo sé,—contestó Rosario tristemente.

—Aprensiones del corazón. Al separarme de mi tía, parece que me he quedado sola, en una especie de vacío para el alma. Estoy así, como si presintiera una nueva desventura.

—No se comprende,—interrumpió la señora Catalina.—¿No estaba usted resuelta á entrar en el convento?

—Sí.

—¿No hubiera tenido entonces que separarse de su tía?

—Sí.

—Y ahora, ¿por qué esa tristeza?

—Yo misma no acierto á explicármela. No es por mí, es por mi pobre tía por quien temo una desgracia.

—Usted lo ha dicho,—dijo el cura.—Aprensiones del corazón, que se complace en atormentarnos. Esta noche verá usted á doña Tomasa.

—Dios lo quiera,—murmuró Rosario, llevando el pañuelo á sus ojos,—porque me parece que nos hemos separado para no volvernos á ver.

Entregada á estas lúgubres imaginaciones, pasó Rosario las horas de aquel día, horas que le parecieron interminables.

Poco á poco fué palideciendo la luz, y las ténues y melancólicas tintas del crepúsculo vinieron á aumentar la tristeza en el alma acongojada de la joven.

En el campo, donde se abarca la bóveda celeste con la mirada, donde el horizonte no se limita sino por los lejanos festones que en él

dibujan las montañas y colinas, la hora del crepúsculo es solemne y poética.

En las ciudades no.

Del firmamento solo se ve, al mirarlo entre calles estrechas, y entre los elevados edificios, una cinta, un girón, casi diríamos una rendija.

No pueden apreciarse sus variados matices ni las caprichosas figuras de las nubes.

Y al tenderse las sombras todo adquiere tonos tristísimos.

No se ve más sino que la luz palidece, que las sombras se agitan.

Y pesa sobre el espíritu la tristeza de la oscuridad.

Es la hora que predispone á la melancolía.

Por eso Rosario sintió que se aumentaba su tristeza.

Y lloraba sin saber por qué.

Pero sí sabía por qué. Porque sentía su alma en abrumadora soledad.

Sus padres, su prometido esposo, sus buenos tíos... ¡Nadie, nadie le quedaba!

¡Unos en la tumba del campo santo, otro en la tumba del presidio, y su pobre tía expuesta á ignorados riesgos!

Y ella sola, ¡completamente sola en el mundo!

No hay nada más triste que la soledad del alma.

Procuraban el cura y la señora Catalina animar á la joven.

— De un momento á otro, —decían, — estará aquí doña Tomasa.

Y la pobre niña seguía llorando, y sus improvisados protectores iban contando los minutos con verdadera ansiedad.

Rosario miraba de cuando en cuando á la calle, por los vidrios del balcón.

Vió ya encendidos los faroles del alumbrado público.

La señora Catalina encendió también el clásico velón. Era la hora de cenar.

— Esperemos á doña Tomasa, — dijo el cura.

Y esperaron.

Y dieron las ocho, las nueve.

Doña Tomasa no venía.

La ansiedad de todos iba en aumento.

Dieron las diez y las once.

— Se habrá quedado en Leganés, — dijo la señora Catalina, — para aprovechar las primeras horas de mañana. La cena fué muy triste.

Pasó la noche sin que se presentara la tía de Rosario. Esta ya no lloraba.

Dibujábase en sus labios su sonrisa característica; una sonrisa triste y amarga.

CAPITULO XIV.

Una victima de la barbárie.

Acertó á llegar doña Tomasa á la puerta del cuartel, á tiempo que salía una cuerda de presos.

Eran veinte ó treinta, algunos casi niños, algunos ya viejos, y la mayoría en todo el vigor de la juventud.

Pero todos estaban pálidos, macilentos, demostrando las penalidades que llevaban sufridas.

Iban atados codo con codo, y custodiados, no sabemos si por guardias civiles ó por los célebres veteranos, los héroes del diez de Abril.

Un centenar de mujeres se aglomeró á su paso.

Todas querían ver si iba en aquella cuerda el esposo, el padre, el hermano ó el hijo.

Nadie sabía si aquella cuerda de presos era conducida á otra carcel, ó á presidio, ó á Cadiz.

Cadiz era el escalón para dar el salto á Fernando Póo, á Filipinas ó á las Marianas.

Gritaban las mujeres, pugnando por acercarse á la cuerda.

Se les intimó que se retiraran.

Pero no obedecieron.

Y es que la razón puede convencerse y obedecer.

El sentimiento no.

Los guardias se abrieron paso á viva fuerza.

Estaban muy hechos á atropellar á las gentes.

Y la emprendieron á culatazos.

¡Miserables!

Así procedían contra indefensas mujeres.

¿Por qué no hicieron lo mismo el 22 de Junio en la plaza de la Cebada, cuando los recibieron los ciudadanos frente á frente?

¿Por qué entonces en vez de seguir adelante, dejando en la esquina de San Millán abandonado el cadáver del teniente que los mandaba, retrocedieron hasta encerrarse en su cuartel, como conejos asustados en su madriguera?

Atropellando mujeres, digna hazaña de tales héroes, consiguieron los guardias abrirse paso, alejándose con la cuerda.

Cuatro ó cinco mujeres quedaron lastimadas en el suelo.

Algunas exhalaban lastimeros alaridos.

Las demás, y algunos soldados acudieron á su socorro.

Entre las heridas había una que por su inmovilidad parecía muerta.

Su rostro estaba pálido, ó mejor dicho blanco como el mármol.

O mejor aún, lívido, con una lividez cada-
vérica.

Aquella mujer fué llevada á una taberna ó cantina próxima.

Acudió un médico, no sabemos si el del regimiento allí acantonado.

Reconoció á la lesionada, y dijo:

—Contusión extensa en la región precordial. Esto puede ser muy grave.

Se necesita haber llegado al colmo de la barbarie para dar tan formidable culatazo en el pecho de una mujer.

Pero nada de extraño tiene que tal hicieran los que el día 10 de Abril de 1865 mataron á una pobre niña de un culatazo en la espalda.

¿Era posible que en el último tercio del siglo XIX el pueblo español viviera en estas condiciones?

Y apuntamos estos datos, para que se com-

prenda cómo la revolución la provocaron, no los trastornadores de oficio, sino los ciegos poderes que creían posible resucitar la esclavitud, y considerar al país como país conquistado, y volver á los tiempos de la barbarie.

Aquellos poderes, atropellando toda razón y todo derecho, cometían verdaderos crímenes.

!Caiga sobre su frente toda la sangre vertida, y con la responsabilidad de sus crímenes y horrores la abominación de la historia!

La desventurada mujer que tan formidable golpe acababa de recibir, era doña Tomasa.

Aquella tarde fué trasladada á Madrid en un carro, y conducida al hospital general.

No sabemos si en aquel suceso intervino algún juzgado.

Lo que sabemos es que no se hizo público.

¿De qué se trataba, después de todo?

De un asunto sin importancia.

De una mujer que había recibido un culatazo por no obedecer con prontitud á la guardia veterana.

A poco que se profundizara en el hecho, aún habría motivos para procesarla por resistencia á la autoridad.

Los periódicos nada dijeron.

¡Desdichado el periódico que en tales asuntos se metiera!

Sometida la prensa á la autoridad militar estaba expuesta á ser juzgada por un consejo de guerra.

Por entonces (pocos días antes ó pocos días después) el capitán general de Madrid citó á su despacho á los directores de periódicos.

En aquella reunión amenazó á don Luis Rivera, director del *Gil Blas*, con fusilarle, amenaza que se extendió á otros varios periodistas.

Dícese que aquel capitán general era un buen señor, incapaz de hacer daño á nadie.

Pero sea como quiera, los periódicos no podían hablar sino de lo que al gobierno convenía.

Y el atropello de que fué víctima doña Tomasa, quedó en el misterio, como tantos otros.

En poder de la lesionada no se encontró documento alguno que acreditara su personalidad.

Y ella nada dijo, porque no llegó á recobrar el conocimiento.

Tan luego como ingresó en el hospital, mandó el médico que se le administrara la Extremunción.

Ya fuera por conmoción visceral, ya que por contra-golpe se hubiera roto algún vaso

de importancia, el peligro era inminente. Y lo mejor que le podía suceder á doña Tomasa, era morir así, privada de conocimiento, sin ver lo que en torno suyo sucedía, sin conciencia de que exhalaba el último suspiro en el lecho de un hospital, sin que una mano piadosa cerrara sus ojos, sin que una lágrima de amor cayera sobre su frente.

¡Pobre víctima de la barbarie!

CAPÍTULO XV.

Tío y sobrina.

Crecía la ansiedad en Rosario, y de ella participaban ya don Felipe y la señora Catalina.

Transcurrieron un día y una noche, y á la mañana siguiente el ama partió para Leganés.

Allí, sin duda, encontraría á doña Tomasa.

Y creyéndolo así, decía:

—Eso es, habrá conseguido que la permitan ver á su esposo, alojará allí en cualquier parte, y no se acuerda ni de su sobrina ni de los que la han recogido, y porque ella está á sus anchas ando yo como un lazarillo, á mis años, sin hacer más que ir y venir. Pues ya no estoy para estos trotes, y si me cuadro van á oír lo que no quisieran.

Renegando de este modo llegó á Leganés.

Y allí supo que ni aquel día ni los anteriores se permitió ver á los presos.

Hizo la casualidad que no oyera la menor referencia á los sucesos de que había sido víctima doña Tomasa, porque sucesos de esa índole ocurrían á cada paso, y no pudo sospechar lo que había sido de la desdichada señora.

Con esto volvió á Madrid, no para calmar, sino para aumentar el desconsuelo de Rosario.

Dió esta por seguro que su tía había sido presa.

Y para convencerse, el mismo don Felipe se dirigió al Modelo, á preguntar por ella.

No hay para qué decir que el resultado de sus gestiones fué negativo.

Pero Rosario no se convenció.

Supuso que las intrigas de don Bonifacio conseguían que se ocultara la verdad.

Y fué su primer pensamiento ir á ver á su enemigo.

Don Felipe consiguió hacerla desistir.

Con aquel paso conseguiría sólo agravar la situación.

Don Bonifacio no pondría en libertad á doña Tomasa, si Rosario no cedía á sus exigencias.

Y Rosario podía morir, pero no rendirse.

Con estas reflexiones comprendió la pobre

niña que no debía entregarse en manos de su enemigo.

Pero á todo trance quería ver á don Gaspar.

A este justo deseo no podía oponerse don Felipe.

—Yo pediré licencia, —dijo, —para ausentarme por un día, y la acompañaré. ¡Ojalá lo hubiera hecho antes, no permitiendo que doña Tomasa fuera sola! En fin, hija mía, Dios sobre todo; llevémoslo con paciencia, que ya alcanzaremos el premio.

Disponíanse el bueno del cura y su protegida á ponerse en camino, cuando la señora Catalina, encarándose con don Felipe exclamó:

—¿Pero es que prescinden ustedes de mí?

Don Felipe la miró asombrado.

—Usted quedará aquí, —dijo, —al cuidado de la casa.

—¿Al cuidado de qué y para qué? ¿Para que no entren ladrones? Miren qué gracia. Como si aquí hubiera algo que se pudieran llevar.

—No es eso.

—Pues si no es eso, será lo otro; y yo no permito que emprendan solos el viaje. Si les sucede cualquier cosa... ¡Bonita ayuda se pueden prestar! ¡Un viejecito y una niña! Nada, que allá voy yo.

La señora Catalina era de esas mujeres que

se creen las necesarias, las indispensables.

Y quieras ó no quieras, se echó un pañuelo sobre los hombros, y allá fué con el cura y Rosario.

Quiso la fortuna que aquel mismo día se levantara la incomunicación de los presos, y Rosario tuvo la triste satisfacción de ver á su tío.

Y decimos triste por el lastimoso estado en que lo encontró.

Allí, á través de la reja, pudo verle en montón con otros muchos.

Don Gaspar se erguía con arrogancia; pero su rostro estaba demacrado, sus megillas hundidas, y la blanca barba, que tantos días sin afeitarse crecía á su antojo, le hacía parecer más viejo.

Y estaba desaseado, súcio, con el traje roto y lleno de manchas.

Parecía un viejo pordiosero.

Viéronse tío y sobrina, y pugnaron por acercarse á la reja.

Pero había allí mucha gente.

Era forzoso hablar á gritos.

Don Felipe encontró el medio de que se hiciera una excepción á favor de don Gaspar.

Nunca son más fáciles de conseguir estas excepciones que en tiempos de favoritismo.

El que cuenta con protectores, tiene derecho á todo.

El que no cuenta con apoyo, no tiene derecho á nada.

¡Desigualdad irritante!

Don Felipe buscó al capellán del regimiento.

Habló con él brevemente.

Y el capellán pidió el favor, no sabemos á quién.

Pero ello fué que se dispuso que don Gaspar Benitez fuera conducido al cuarto de banderas.

Y pudo abrazar á su sobrina, que palpitante entre sus brazos, vertía copiosas lágrimas.

—Animo, hija mía, ánimo,—exclamó el valeroso viejo.—Es preciso tener valor... Pero ¿y tu tía, mi pobre Tomasa, por qué no ha venido contigo?

—¡Ay!—murmuró débilmente Rosario,—nada sé de ella. Esto es lo que me abate.

—¡Cómo! ¡Qué dices!

—Debe estar presa también.

—¡Otra infamia!

Y don Gaspar, apretando los puños, y lanzando rayos por los ojos, exclamó con toda la energía de sus mejores tiempos:

—¡Ah! ¡Miserables!... ¡Ya pagareis sus lágrimas con vuestra cabeza!

—Calma, don Gaspar, calma,—se atrevió á decir don Felipe.

—¡Moscardones aquí!—exclamó el viejo progresista, echando una mirada furibunda al hombre de la sotana.

Y acaso hubiera dicho algo muy duro, á no contenerle Rosario con estas frases:

—Es don Felipe ¿no le conoce usted? Un buen sacerdote á cuya caridad debemos el haber salvado un grave peligro.

—A ver, ¿qué peligro ha sido ese? Explícate.

Rosario en las menos frases posibles explicó todo lo sucedido, cómo la carta de don Bonifaz obligó á precipitar su resolución, y cómo al amparo de aquel buen sacerdote debían el haberse librado de las asechanzas.

—Noble y generosa conducta,—exclamó don Gaspar, con entusiasmo, porque en su corazón hallaban eco todos los sentimientos puros.

Y dirigiéndose á don Felipe, y estrechándole las manos, añadió:

—Gracias, señor cura, gracias... Y hablando con franqueza, usted sabe que no soy amigo de la gente de sotana; pero cuando encuentro un buen sacerdote, le respeto y le admiro, por lo mismo que se trata de un ser casi inverosímil.

—No tanto, don Gaspar, no tanto. Hay

muchos sacerdotes que cumplen su misión.

—No discutamos ese punto, porque no hemos de estar de acuerdo. Sepa usted también que si accedo á que mi sobrina entre en un convento, no es porque yo me incline á estas soluciones, sino porque sola en el mundo y rodeada de peligros, no hay otra manera de que pueda sustraerse á ellos. Por otra parte, es su voluntad ó su vocación, y yo como verdadero liberal, respeto las opiniones de todo el mundo para tener derecho á que se respeten las mías. Y en cuanto á usted, don Felipe, el día que llegue la nuestra, si acabamos con los curas, yo le defenderé.

No se crea que don Gaspar decía esto en broma. Lo decía con toda su alma.

Después, volviéndose á Rosario, dijo con voz conmovida.

—Continúa, hija mía, y á ver si podemos adivinar lo que ha sido de mi pobre Tomasa.

Rosario prosiguió la historia, refiriendo los inútiles viajes de la señora Catalina, y la resolución de doña Tomasa de dar por sí misma los pasos necesarios para ver al preso.

Y nada volvieron á saber de ella.

Don Gaspar se exaltó un instante, pero en seguida cayó en profundo abatimiento.

—¡Mi pobre Tomasa!—murmuró.—No hay

duda, está presa por delación de ese miserable, que pretende así averiguar tu paradero.

—La niña,—interrumpió don Felipe,—quería presentarse á él.

—De ningún modo,—exclamó don Gaspar con energía.—Ni ahora, ni nunca, suceda lo que suceda. Rosario, te lo prohibo terminantemente. La libertad, la vida, todo vale muy poco, comparado con la honra. Lo que has de hacer es guardarte de ese hombre. No intentes aproximarte á tu tía, no vuelvas por aquí tampoco. Seguramente vigilará y puede descubrirte... Nada, nada, lo mejor es que apresures tu entrada en el convento.

—Esa es también mi opinión,—dijo don Felipe.

Don Gaspar se expresaba con una gran energía.

Y en el mismo tono prosiguió:

—Solo quedaré tranquilo cuando sepa que has entrado en el convento. Solo allí estarás segura y libre de las asechanzas de ese malvado. La casa de este buen sacerdote puede ser atropellada, porque si nuestro enemigo sabe que nos protege, inventará una calumnia, le hará aparecer como cómplice de los revolucionarios. ¡Quién sabe! Es capaz de todas las maldades. El convento, solo en el convento no se atreve-

rán á entrar los polizontes. Solo allí hay inmunidad.

Rosario prometió solemnemente seguir estas indicaciones.

Don Gaspar había llamado su atención sobre un hecho que bastaba por sí solo para decidirla.

El hecho era que podía comprometer al bueno de don Felipe.

—En cuanto á mi pobre Tomasa,—continuó don Gaspar,—nada puede resultar contra ella, y no tardará en verse libre, sobre todo cuando el miserable se convenza de que nada averiguará por su conducto.

Rosario sabía en esto á qué atenerse.

Sabía los horribles tormentos á que sugetarían á la víctima.

Y en su alma volvió á entablarse una lucha cruel.

¿Podía dejar que su pobre tía sucumbiera en medio de tan espantosos sufrimientos?

Por no hacer sufrir á don Gaspar no le revelaron las torturas á que fué sometida su esposa la vez primera que la prendieron, cuando sus verdugos llevaron la crueldad hasta el extremo de no darle agua en muchos días.

Rosario temía que esto se repitiera.

Y á pesar de la solemne promesa que acaba de hacer y de los consejos de su tío, formó la

resolución de salvar á doña Tomasa á todo trance, y á costa de todos los sacrificios.

—Si es preciso que yo sucumba,—pensó,—sucumbiré. Después el convento ocultará mis lágrimas, mi dolor y mi vergüenza.

Aún conversaron largo rato.

Antes de separarse, don Gaspar, acordándose de su compañero, del pobre Feliciano, suplicó á don Felipe que fuera á ver á su esposa, á la desdichada Soledad, que la llevara algún socorro, que proporcionaría Rosario de los fondos que tenía del duque, y que trajera de la enferma alguna noticia, para tranquilidad del obrero.

Prometió don Felipe velar por aquella pobre mujer, y con esto se separaron, porque habían concluido las horas de comunicación.

Abrazáronse conmovidos don Gaspar y Rosario.

Ésta dió libre curso á sus lágrimas.

El valeroso veterano, aunque hacía esfuerzos inauditos por conservar su serenidad, no lo consiguió.

Y tuvo que desprenderse violentamente de los brazos de su sobrina, y echó á correr para que nadie viera las lágrimas que humedecían sus ojos.

En Rosario alternaban los arranques de valor y las debilidades del aplanamiento.

Y con la escena de aquella dolorosa despedida, se abatieron sus fuerzas.

Y salió del cuartel sostenida por el cura y u ama, que casi en brazos la llevaron, hasta la diligencia que debía conducirlos á Madrid.

No menos afectado volvió don Gaspar al calabozo.

Allí encontró á su amigo Feliciano, más triste y abatido que nunca.

¡Todos los presos habían recibido noticias de los séres queridos, menos él!

Y con la escena de aquella dolorosa despedida
 que se abatió en sus brazos.

Y así del castigo sostenida por el cura y
 a una que casi en brazos la llevaron, hasta la
 diligencia que debía conducirlos a Madrid.

No menos afectado volvió don Gaspar al
 calabozo.

Allí encontró a su amigo Feliciano, más
 triste y abatido que nunca.

¡Todos los presos hablan recibido noticias
 de los seres queridos, menos él!

CAPÍTULO XVI.

El último golpe.

Mortal congoja oprimía el pecho de la infeliz Rosario.

Eran tan angustiosos sus gemidos, se adivinaba tan intenso dolor en su manera de llorar, que todos los pasajeros de la diligencia, fijaron su compasiva atención en la pobre niña.

La señora Catalina dió explicaciones para satisfacer el interés que todos manifestaban, y unas mujeres, mostrando verdadera indignación, comenzaron á decir improperios contra los autores de aquéllas infamias.

—Si hubieran ustedes visto,—dijo una,—á esos guardias del demonio, asesinos del pueblo, dar culatazos, á las mujeres, para que nadie se acercara á una cuerda de presos que con-

ducían! ¡Con que les diga que de un culatazo mataron á una mujer!

Rosario, al oír esto, levantó la cabeza.

Por sus mejillas, que tenían una blancura marmórea, corrían dos gruesas lágrimas, que sembraban dos gotas de rocío sobre los pétalos de una azucena.

—¿Cuándo sucedió eso?—preguntó interrumpiendo á la narradora.

—Hace pocos días.

—¿Cómo se llamaba esa pobre mujer?

—Nadie lo sabe. Creo que venía aquí por vez primera, porque yo vengo diariamente desde que trajeron aquí á mi hombre, y ni de vista la conocía.

—¿Recuerda usted sus señas?

—Ya lo creo, como que la estuve frotando las sienes con aguardiente para ver si volvía en sí. Pero ni por esas. Era una mujer de unos cincuenta años, delgada... Traía al brazo una cesta, con muchos y ricos manjares.

—Ella... Ella... Me lo dice el corazón.

—Supone usted...—murmuró don Felipe acongojado y aturdido.

—No tengo duda... Era mi pobre tía.

—¡Válgame Dios!—exclamó la narradora.—
¿Quién había de creer?... Pero, en fin, la llevaron al hospital, y allí la darán noticias.

La ansiedad de Rosario llegó al paroxismo.

Todos los que en el coche iban, movidos á compasión en presencia de aquél infortunio, procuraron consolar á la jóven.

No repetiremos sus frases, porque en la mayor parte de los casos estos pretendidos consuelos no son más que vulgaridades.

Llegados á Madrid, Rosario, el cura y el ama, entraron en un coche de alquiler, y se hicieron conducir al hospital.

Aunque en el registro de entradas no se inscribió el nombre de doña Tomasa, porque no llegó á identificarse su persona, por las señas que don Felipe dió, se vino en conocimiento de la enferma por quien preguntaban.

—Ocupó,—dijo con indiferencia el encargado del registro,—en la sala tal, la cama número tantos. El cadáver aún está en el depósito, porque hay que hacerle la autopsia. Llegan ustedes á tiempo si quieren reclamarlo para hacerle entierro.

Don Felipe y la señora Catalina, al oír esto, miraron asustados á Rosario, temiendo que perdiera el sentido.

Pero no fué así.

Blanca como la nieve, con los ojos extremadamente abiertos, inmóvil como una estatua, Rosario oyó la noticia sin que se moviera un mús-

culo de su rostro, sin que de su pecho se exhalara un gemido.

Y era que en lucha tal vez con su convicción y sus presentimientos alimentaba la esperanza de que la pobre mujer muerta no fuera su tía.

—Pueden ustedes pasar al depósito de cadáveres,—dijo el empleado.

El cura y el ama dudaban qué hacer, buscando la manera de que Rosario no viera el cadáver.

Pero la joven murmuró:

—Vamos.

Y echó á andar.

Por aquella época estaba aún el depósito de cadáveres del hospital en un patio sucio y lleno de cascotes.

El tal depósito era un casucho aislado de pobrísimo y repugnante aspecto.

Consistía en una habitación cuadrada, provista de unos tableros, que sujetos á las desconchadas y húmedas paredes, formaban á manera de un lecho corrido.

El suelo era de piedra, con un sumidero en su centro, en donde, por unas ranuras, se vertían las aguas sanguinolentas que resultaban de las autopsias.

Había también tres ó cuatro mesas pintadas

de verde, (lechos martuorios) y algunos zócalos y cazuelas de madera con piltrafas adheridas á sus bordes.

— ¡Piltrafas humanas!

El depósito de cadáveres del hospital es el amontonamiento... de la carne humana que sobra.

— Y la carne de los pobres no merece mayor respeto.

— Así hay que deducirlo al contemplar aquel inmundo depósito.

— Procedimiento: muere un enfermo y se le lleva al barracón del patio.

— Pero se le lleva desnudo, completamente desnudo.

— ¿Para qué quieren los muertos la mortaja? No han de tener frío.

— Cierto que la piedad cristiana...

— En los hospitales no hay piedad.

— Continuemos.

Conducido el cadáver, sin mortaja y sin camisa, al barracón, se le arroja en aquella tarima adosada al muro. Y allí está un día ó dos... A veces más, según las circunstancias.

Si la familia del muerto está al cuidado y reclama con tiempo el cadáver, se le entrega.

— Pero cómo la entrada en el hospital no se

permite sino los domingos, sucede que la familia llega tarde muchas veces.

En las épocas en que los estudiantes de Medicina practican sus estudios de disección, provee de cadáveres el hospital.

Y los cadáveres no reclamados van al anfiteatro de disección.

Y allí son descuartizados, despedazados, rotos, triturados con sierra y martillo.

Un estudiante se lleva la cabeza, otro un brazo, otro una entraña.

Después todos estos restos informes, putrefactos, van á parar á una gran tina.

Y después, aquella carne en montón al cementerio.

¡Sin cánticos, sin luces, sin plegarias, sin funerales!

La desigualdad humana llega hasta la muerte.

Y más allá de la muerte... En el más allá está Dios que juzgará á unos y á otros.

Volvamos á nuestra historia.

Ni don Felipe ni doña Catalina pudieron impedir que Rosario entrara la primera en el depósito.

A su vista se ofreció un espectáculo tan repugnante como horrible.

Seis ú ocho cadáveres estaban sobre la tari-

ma, en posturas extrañas; uno con las piernas colgando, como si dijéramos fuera del lecho, otro con los brazos extendidos; tiesos unos, contraídos otros, y los más verdosos, hinchados...

Sobre una mesa restos sangrientos de una autopsia, un cuerpo humano abierto, mostrando todas sus vísceras, los pulmones que daban aliento á una vida, el corazón que se agitó con pasiones y deseos...

Todo quedaba reducido á un estudio anatómico.

En otra mesa, entero aún, el cadáver de una mujer, el cadáver de doña Tomasa.

Rosario, con esa energía nerviosa, que presta fuerzas inverosímiles, se precipitó sobre aquel cadáver, exhalando un grito histérico, inarticulado.

Y besó su frente helada.

Y como si aquel frío de la muerte, penetrando hasta su corazón hubiera paralizado sus latidos, sintió Rosario desaparecer toda su energía física y moral, huyó la luz de sus ojos, el vértigo la acometió, una angustia infinita oprimió su garganta, y perdió el conocimiento.

Don Felipe y el ama llegaron á tiempo de sostener á la pobre niña.

Y con la ayuda de dos mozos condujeron á Rosario á la habitación del médico de guardia.

Auxiliada convenientemente la joven recobró los sentidos.

Pero sentía un fuerte dolor de cabeza y agudas punzadas en el corazón.

En un coche fué conducida á su casa.

Estaba gravemente enferma. Aquel organismo no había podido resistir tan continuados golpes.

Al día siguiente un modesto carro fúnebre conducía un cadáver al cementerio. Era el cadáver de doña Tomasa.

No llevaba más acompañamiento que un viejo sacerdote.

Cubierta la fosa que guardaba ya los restos de una pobre mártir, el sacerdote se arrodilló, y permaneció largo rato en oración.

Después besó la tierra, que humedeció con sus lágrimas.

Y entre indignado y afligido, murmuró:

—¡Pobre víctima de la barbarie de los hombres, Dios te hará justicia! Descansa en paz.

El sacerdote cristiano protestaba de aquellos procedimientos que hacían odiosa la justicia humana.

Y así de un modo ó de otro iba la idea revolucionaria filtrándose en todas las conciencias.

Don Felipe, después de cumplir con los últimos deberes que la piedad cristiana cumple con los difuntos, volvió á su casa, y con la señora Catalina se consagró al cuidado de la niña enferma.

Don Felipe, después de cumplir con los deberes que le pedia cristiana-civilmente con los difuntos, volvió á su casa, y con la señora Catalina se consagró al cuidado de la nieta enferma.

El tiempo que se pasó en la casa de don Felipe, fué para él un tiempo de dolor y de reflexión. Recordaba con frecuencia la vida que había llevado en el mundo, y se preguntaba si había sido digno de ella. Se acordaba de su padre, de su madre, de sus hermanos, y se preguntaba si les había sido fiel. Se acordaba de sus amigos, y se preguntaba si les había sido útil. Se acordaba de sus enemigos, y se preguntaba si les había sido cruel. Se acordaba de su vida entera, y se preguntaba si había sido digna de ella.

En medio de estas reflexiones, se acordaba también de la señora Catalina, y de la nieta enferma. Se acordaba de la bondad de la señora Catalina, y de la ternura con que se ocupaba de la nieta. Se acordaba de la debilidad de la nieta, y de la esperanza que se tenía de que se curaría. Se acordaba de la vida que se había pasado en la casa de don Felipe, y se preguntaba si había sido digna de ella.

El tiempo que se pasó en la casa de don Felipe, fué para él un tiempo de dolor y de reflexión. Recordaba con frecuencia la vida que había llevado en el mundo, y se preguntaba si había sido digno de ella. Se acordaba de su padre, de su madre, de sus hermanos, y se preguntaba si les había sido fiel. Se acordaba de sus amigos, y se preguntaba si les había sido útil. Se acordaba de sus enemigos, y se preguntaba si les había sido cruel. Se acordaba de su vida entera, y se preguntaba si había sido digna de ella.

CAPITULO XVII.

El recién llegado.

Era la noche del 26 al 27 de Julio.

El número de presos en los calabozos de Leganés había disminuido considerablemente.

Las sumarias estaban terminadas y muchos presos habían salido ya para cumplir su condena.

Aquellas sumarias llegaron, por fortuna á su término.

Y los paisanos no entraron en el montón de militares, que, como anteriormente hemos dicho, fué á parar á Fernando Póo.

A media noche se abrió la puerta del calabozo que ocupaba don Gaspar.

Entró un hombre, y la puerta se cerró trás él.

—¿Quién será?—preguntó Feliciano que compartía con don Gaspar una colchoneta.

A la ténue luz de la luna, cuyos rayos penetraban por la reja, vieron que el recién llegado, después de tender una mirada en torno suyo, trataba de acomodarse en un rincón.

El infeliz no traía manta, colchoneta, ni almohada.

Tenía que dormir en el suelo, apoyando su cabeza en el muro.

—Invitémosle,—dijo don Gaspar,—á que por lo menos recline su cabeza en nuestro colchón.

—Eh, buen amigo,—exclamó Feliciano,—aquí hay sitio para usted.

El recién llegado se acercó lentamente á donde le llamaban.

Y aceptando la galante invitación, dijo:

—Muchas gracias, señores.

—¡Esa voz!—exclamó don Gaspar incorporándose.—¡Rafael!

—¡Don Gaspar!

Estas dos exclamaciones, casi simultáneas, revelaban el colmo de la sorpresa.

Rafael, pues él era el que acababa de entrar, y el viejo veterano, se abrazaron estrechamente.

—¡Usted aquí!

—¡Aquí tú!